

LA CIUDAD AMERICANA: MITOS, ESPACIOS Y CONTROL SOCIAL

Salvador Bernabéu y Consuelo Varela (coords.)

EDICIONES DOCE CALLES

Este monográfico se enmarca en el Proyecto «Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del imperio hispánico (ss. XVI-XVIII)», Ministerio de Ciencia y Tecnología, HUM2007-64126.

Imagen de cubierta: Joaquín Antonio Bajaras, *Paseo de Jamaica o Histocalco. Origen, costumbres y estado presente de mexicanos y Filipinas*. Tomo II, Estampas

© De cada texto: su autor.

© De la presente edición:

Ediciones Doce Calles, S.L.
Apdo. de Correos, 270
28300 Aranjuez (Madrid)
www.docecalles.com

Edición al cuidado de José María García Redondo
(Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC).

Diseño y maquetación: Juan Carlos Martínez Gil.

ISBN: 978-84-9744-105-6

Depósito legal:

Impresión: Safekat

A Juan Gil

*Ciertamente no te envidio,
más bien me maravillo*
(Virgilio, Bucólica primera)



Principales ciudades estudiadas en el libro. Mapa: García Redondo

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
Presentación	11
Ciudades americanas: una introducción	13
Pueblos perdidos, ciudades imaginarias	27
<i>Juan Gil</i>	
La Isabela, la primera ciudad europea en el Nuevo Mundo	67
<i>Consuelo Varela</i>	
Panamá: puerto y puerta de las Indias	83
<i>Carmen Mena García</i>	
Lima Colonial (1535-1635): crisol de gentes, ¿crisol de culturas?	115
<i>Berta Ares Queija</i>	
La Villa Imperial de Potosí. La Babilonia Americana	133
<i>Consuelo Varela</i>	
México virreinal: poder, control social e impacto ilustrado	149
<i>Salvador Bernabéu Albert y Justina Sarabia Viejo</i>	
Orden público y demarcación del territorio de la ciudad de México	181
<i>Guadalupe de la Torre Villalpando</i>	
Instrumentos de control social y reordenamiento urbano en Santafé de Bogotá. Siglo XVIII	209
<i>José Enrique Sánchez Bobórquez</i>	
La blancura del color quebrado. Curiosos y curanderos en la Caracas del orden ilustrado	229
<i>Frédérique Langue</i>	
Vila Rica de Ouro Preto en el siglo XVIII: Fronteras	255
<i>Eduardo França Paiva y José Newton Coelho Meneses</i>	
Montevideo como centro de dominio y control territorial (1750-1800)	275
<i>Emilio José Luque Azcona</i>	

PRESENTACIÓN

El libro que ahora presentamos es uno de los resultados del proyecto de investigación «Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del Imperio Hispánico (siglos XVI-XVIII)», concedido por el Ministerio de Educación y Ciencia para el trienio 2007-2010 (HUM-2007-64126), cuyo principal objetivo es resaltar el papel de España como intermediaria cultural entre distintos mundos y culturas. Los integrantes del mismo, un equipo de especialistas de España, Francia, Argentina, Brasil y los Estados Unidos, nos planteamos situar las ciudades fronterizas en el centro del debate y la reflexión, abordando sus herencias e innovaciones, convencidos de que España protagonizó la mayor colonización urbana de un pueblo europeo en el mundo. Los frutos del mismo (este libro es complementario del coordinado por Salvador Bernabéu, *Poblar la inmensidad: sociedades, conflictividad y representación en los márgenes del Imperio Hispánico (s. XV-XIX)*, Barcelona-Madrid, Ediciones Rubeo-CSIC, 2010) analizan las ciudades americanas, multiculturales y plurilingües, desde una perspectiva amplia, y no sólo en el tiempo, pues estamos convencidos de que las urbes de la frontera americana fueron escenarios privilegiados de constantes retos y encuentros, con sus luces y sus sombras. Además, las investigaciones editadas en estos volúmenes ayudarán a abordar con mayor lucidez los problemas de nuestras actuales metrópolis, pues los fenómenos de globalización y de encuentro de culturas y religiones ya se plantearon con toda su complejidad y matices en las ciudades americanas de la Monarquía Católica. Sin duda, la atención hacia los procesos de mestizaje, la construcción de identidades y la acción de los *passeurs culturels* o mediadores culturales han permitido abordar tanto «las ciudades de la frontera» como «las fronteras de las ciudades» en busca de los intercambios, las resistencias y el papel de los actores históricos en la configuración de los mundos que heredaron, habitaron e imaginaron.

Salvador Bernabéu y Consuelo Varela (EEHA, CSIC)

CIUDADES AMERICANAS: UNA INTRODUCCIÓN

Salvador Bernabéu

Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

1. El mundo español en América, y en menor medida el portugués, se concentró en las ciudades. Como han señalado varios autores, la gran empresa urbanizadora fue lo que singularizó y caracterizó la expansión hispánica en el Nuevo Mundo. En palabras de Manuel Lucena Giraldo: «el colosal proceso urbanizador acontecido en América entre 1492 y 1810 constituyó un fenómeno único en la historia de la humanidad por su densidad, equilibrio y continuidad en el tiempo»¹. Tras La Isabela, el primer asentamiento permanente del Nuevo Mundo, la reina Isabel la Católica encargó a Fray Nicolás de Ovando, primer gobernador real de La Española, en 1501, «facier algunas poblaciones» en la isla para que los cristianos que allí hubiera no vivieran «derramados». Un año después se fundó Santo Domingo y antes de una década los españoles habían levantado más de una docena de ciudades en diversas zonas del Caribe, de las cuales las más importantes y duraderas serían La Habana y San Juan de Puerto Rico.

Los nombres de los grandes conquistadores están unidos a una política poblacional de gran entidad, como Cortés (Veracruz, Tlaxcala, Cholula, México y Oaxaca) y Pizarro (Cuzco, Jauja, Trujillo, Arequipa, Huamanga y Lima). Sebastián de Belarcázar y sus seguidores fundaron no menos de veinte ciudades en la Nueva Granada (Colombia) y, en una lista interminable, habría que

¹ LUCENA, 2005, 21.

destacar a obispos y religiosos como Vasco de Quiroga en Michoacán, funcionarios como el marqués de Cañete en el Perú y empresarios particulares como José de Escandón, promotor de la red de ciudades del Nuevo Santander, ya en el siglo XVIII².

El ímpetu fundador fue imparable, pues hacia 1580 había esparcidas por el continente unas 225 villas y ciudades, donde vivían alrededor de 150.000 habitantes. Cincuenta años más tarde (1630), el número de fundaciones se había elevado a 331. Estas cifras demuestran, sin ninguna duda, el papel otorgado a *la ciudad* por la Corona, como agente privilegiado de la dominación y el control del espacio americano. Una ciudad que definimos como aquella población constituida como corporación municipal o *municipium*, acepción que tenía su origen en la época romana, imperio acostumbrado a fundar ciudades como forma de imponer sus leyes, instituciones, costumbres y religión en los territorios que iban conquistando. Los núcleos urbanos poseían privilegios legales que no tenían los pueblos dependientes de ellos, como el derecho al autogobierno ejercido a través de un concejo municipal. Efectivamente, lo que los definía era el interés común o gobierno, más allá de su tamaño y de sus monumentos, o de si tuvieron, por concesión real, el título honorífico de ciudad.

Los monarcas, a la vez que otorgaban a los conquistadores indios en encomienda, los obligaban por ley a domiciliarse en una ciudad concreta, creando así un modelo dual de villas y haciendas (ciudad y campo) que se prolongaría hasta la independencia. La tradición mediterránea de vivir en ciudades –con raíces en Grecia y Roma– que consideraba la urbe como el único espacio civilizado sirvió para que los propios conquistadores, como ya vimos, se convirtieran en generosos fundadores. La Corona siempre alentó este proceso urbano, pues quiso que sus lejanos súbditos participaran activamente en la construcción política del gobierno de las urbes y en liderar el diseño de un orden social (familia patriarcal y derecho de la propiedad) que es considerado como esencial para la ocupación efectiva del espacio americano a largo plazo.

2. La ciudad americana fue una ciudad regulada: una comunidad de orden, justicia y fe, que hundía sus raíces en la concepción humanista y en el pensamiento cristiano, especialmente en la *Ciudad de Dios* de san Agustín. El modelo estaba ya generalizado en el Nuevo Mundo cuando fue consagrado por las ordenanzas de Felipe II de 1573: una plaza mayor en el centro, donde se situaban los principales edificios religiosos y civiles, rodeados por calles trazadas según el modelo reticular. Para gobernarla, se trasladaron a América los cargos municipales castellanos, aunque la lejanía de la Corona y las

² CÉSPEDES DEL CASTILLO, 1988,



Martínez Compañón, *Trujillo del Perú*, siglo XVIII. Patrimonio Nacional, Biblioteca del Palacio Real, Madrid

circunstancias americanas impusieron novedades³. Surgió, así, un mundo de negociaciones, olvidos y excepciones, una América virreinal rica y compleja, conocedora de las normas, pero holgazana en su cumplimiento, regida por alcaldes, regidores, corregidores, alguaciles, almotacenes, procuradores, etcétera, junto a los comerciantes, eclesiásticos, encomenderos, negros, mestizos e indios, que, desde la fundación de la primera ciudad del Nuevo Mundo, no dejaron de habitar las urbes a pesar de las leyes y ordenanzas que separaban la república de los españoles de la de los indios⁴.

El libro se abre con un capítulo dedicado a los «Pueblos perdidos, ciudades imaginarias», escrito por don Juan Gil Fernández, gran especialista en mitos y utopías del Descubrimiento, quien estudia el papel de las ciudades míticas como motores y metas en las exploraciones marítimas y terrestres de los españoles y lusitanos en las Indias Orientales y Occidentales. Su principal objetivo es la compilación y análisis de los «pueblos a los que se les confirió singular importancia, bien por sus riquezas infinitas, bien porque se supuso que su descubrimiento o aparición constituiría un hito trascendental en la historia del mundo». En primer lugar, el profesor Gil estudia los precedentes bíblicos y clásicos, como el paraíso, el infierno y los pueblos aislados por voluntad divina; para centrarse posteriormente en los «pueblos perdidos del Nuevo Mundo (de carácter legendario, los pueblos pobladores de América, los pueblos perdidos con cierto apoyo de la realidad histórica coetánea, los imperios recónditos de indios huidizos, etcétera). Esta amplia serie de urbes y lugares míticos es analizada desde diversos enfoques: los informantes, el emplazamiento, la extensión, el número de habitantes, el templo, la morada real y el hallazgo del oro. Las ciudades fantasmas fueron muy importantes en la conquista de América, dilatándose su rastro desde el primer viaje colombino hasta finales del setecientos, centuria en la que se busca, con intensidad, la ciudad de los Césares en la América austral.

3. Aunque el primer asentamiento hispano en el continente americano fue el malogrado fuerte Navidad, levantado por los marineros colombinos a finales de 1492 en la costa norte de la isla Española, le corresponde a La Isabela —en el mismo litoral e isla— el título de ciudad primada del Nuevo Mundo. Los avatares de esta temprana urbe, dominada por los hermanos Colón, son abordados por la Dra. Consuelo Varela en el capítulo titulado «La Isabela, la primera ciudad europea en el Nuevo Mundo». Un dato interesante que remarca la autora al iniciar su trabajo es la diferencia de noticias y juicios de los primeros cronistas que la describieron: Pedro Mártir de Anglería, Guillermo Coma, Las Casas y Michele de Cuneo. Disparidad de miradas que

³ García GALLO, 1987, 1005-1023.

⁴ HARDOY, 1974.

Consuelo Varela, sagaz colombinista, contrasta con otras fuentes documentales y con los resultados de diversas campañas arqueológicas. La autora describe el emplazamiento de La Isabela, las edificaciones, los problemas de gobernabilidad, la difícil convivencia y, finalmente, las razones que motivaron el desamparo de la ciudad en beneficio de Santo Domingo, situada en la costa sur de La Española. El abandono se realizó entre el 10 de marzo de 1496 y el 31 de agosto de 1498, convirtiéndose la ciudad primada –La Isabela– en refugio de descontentos y, posteriormente, en guarida de fantasmas.

Más al sur, ya en Tierra Firme, la ciudad-puerto de Panamá se convirtió desde su fundación en un centro estratégico en el comercio interoceánico y en la consolidación del imperio hispánico a orillas de la Mar del Sur. Fundada por Pedrarias Dávila en 1519 tras el abandono de otros asentamientos en la región: Santa María de Belén, de 1503; San Sebastián de Urabá, 1509; Santa María de la Antigua del Darién, en 1510; Acla, en 1516, y otros campamentos en la costa del Caribe –lo que demuestra las numerosas dificultades que tuvieron que superar los españoles para consolidar las fundaciones–, Panamá se convirtió en la madre de una tupida red de ciudades que se extendió hasta el Perú y Chile por el sur y hacia Nicaragua y Guatemala por el norte hasta topar con las huestes de los conquistadores de México. Construida según un modelo regular o hipodámico casi perfecto, Nuestra Señora de la Asunción de Panamá sufrió a lo largo de 154 años incendios, terremotos y ataques de piratas, como señala la historiadora Carmen Mena en su capítulo «Panamá: puerto y puerta de las Indias». El protagonizado por Henry Morgan en 1671, junto a otros factores medioambientales y de infraestructura, determinó al gobernador Antonio Fernández de Córdoba a trasladar la ciudad en 1673. La nueva ciudad, levantada en el cercano puerto de Perico, fue fortificada para evitar, en la medida de lo posible, nuevos ataques que colapsaran el tráfico comercial entre la Península y sus posesiones en Mar del Sur.

La ciudad de convirtió en un elemento fundamental de consolidación e irradiación de la presencia española en el Nuevo Mundo, en la metáfora de su poder y también de sus logros. Como señaló Francisco de Solano, el estudio de la historia urbana puede explicar la expansión española y sus limitaciones, sus éxitos y sus sombras, su mentalidad y los problemas de identidad que se resuelven con la Independencia⁵. Las ciudades reflejan la organización administrativa del imperio, así como las rutas comerciales, terrestres y marítimas, pero, además, es el elemento vertebral y de cohesión de la nueva sociedad, de los procesos de arraigo y mestizaje, y de desarrollo cultural y socioeconómico.

⁵ SOLANO, 1973-1974.

4. De Panamá partirían los fundadores de dos de las ciudades más importantes del virreinato peruano: Lima, erigida por Francisco Pizarro el 18 de enero de 1535 a orillas del río Rímac y del Mar del Sur, convertida en la capital virreinal, y la Villa Imperial de Potosí, levantada en las faldas de una montaña andina (Cerro Rico, en la actual Bolivia), que contenía el yacimiento argentífero más rico del orbe, por un grupo de españoles encabezados por Juan de Villaruel en 1545. A pesar de las diferencias geográficas, políticas y económicas, ambas ciudades albergaron a una población heterogénea, de procedencia diversa, que se mezcló dando lugar a un «intenso proceso de miscigenación biológica fruto de las relaciones sexuales entre aquellos hombres y mujeres», en palabras de Berta Ares, autora del capítulo «Lima colonial (1535-1635): crisol de gentes, ¿crisol de culturas?», donde sintetiza y reflexiona sobre un tema al que ya ha dedicado varios trabajos, siempre teniendo como meta el mestizaje: proceso que seguimos conociendo «todavía muy mal» a pesar de las numerosas investigaciones de las últimas décadas.

Por su parte, Consuelo Varela aborda los trabajos y los días de la orgullosa urbe argentífera en «La Villa Imperial de Potosí. La Babilonia Americana», enclave minero que consiguió dicho título en 1561 por capitulación extendida por el virrey Diego López de Zúñiga y Velasco, conde de Nieva. Su fama internacional estuvo en consonancia con las grandes riquezas que aportó a la Monarquía. Sus habitantes, orgullosos, levantaron grandes casonas, ricos templos y exuberantes conventos, lo que no evitó ni la violencia que la desangraba –el episodio más conocido fue la guerra entre vascos y vicuñas de 1623 a 1626– ni la multitud de pobres y vagos que recorrían sus escarpadas calles en busca de caridad. Con un cierto aire de *Far West* (Lewis Hanke), la Villa Imperial de Potosí fue una Babilonia de gentes que acudieron tras *la fiebre de la plata*, no faltando ni las prostitutas, los pícaros y jugadores, ni las curanderas y brujas. En una ciudad donde todo lo podía el dinero, sólo su escasez fue capaz de disminuir sus grandezas y de aumentar sus miserias: «Los potosinos cultivaron un mito y vivieron de él, llegando a confundir la realidad con la ficción».

Potosí, Lima y el resto de las ciudades americanas albergaron, en mayor o menor grado, procesos de criollismo y mestizaje que se desarrollaron a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Estos procesos tuvieron gran impacto sobre los intelectuales, los discursos letrados, las representaciones y otras formas de expresión que fueron utilizadas por la elite urbana para el adoctrinamiento masivo de los vecinos mediante funciones y actos profanos y religiosos⁶. Conmemoraciones de todo tipo: entradas de virreyes, regocijos y lutos

⁶ KAGAN, 1998.

por la lejana familia real, festejos de santos y beatos, la inauguración de un convento de monjas, acontecimientos extraordinarios, como la proclamación de la Limpia Concepción de María o la elevación a los altares de los primeros santos locales (san Felipe de Jesús, santa Rosa de Lima o san Martín de Porres) se convirtieron en oportunidades para expresar la lealtad hacia la Corona, las glorias de la propia ciudad y, en ocasiones privilegiadas, para cimentar la memoria mítica de la comunidad. Amalgamando mitos clásicos, imágenes bíblicas y elementos profanos, las elites criollas –en colaboración con letrados peninsulares– construyeron una «lectura exuberante de sus símbolos y ritmos» que sirvieron para ejemplarizar y disciplinar a los vecinos de las lejanas Indias. Sin frenos para una imaginación desbordada, México se convirtió en una nueva Jerusalén, Lima en *mater* generosa de ciudades y de riquezas, el Cuzco, Santiago de Chile o Caracas en ejemplos de excelencias y de glorias, y así sucesivamente nos encontramos con una cadena de memorias urbanas preñadas de imágenes y exageraciones. En 1733, en Ouro Preto, se celebró el traslado del Santísimo Sacramento entre la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de los Pretos para la nueva iglesia matriz de Nuestra Señora del Pilar con una de las más célebres fiestas barrocas del Brasil. En pleno periodo de consolidación urbana de la sede de gobierno de las Minas Gerais, la *mirabilia* se transforma en fiesta, recreando un mundo con ornamentos riquísimos y figurantes vestidos de oro y plata.

Estos artificios literarios y artísticos no eran gratuitos, pues tenían su origen en el combate contra los juicios negativos lanzados contra el carácter y las aptitudes de los nacidos en América, de padres españoles o portugueses. En los debates realizados en el Consejo de India y en otras instituciones sobre la conveniencia o no de las encomiendas, van a aparecer algunos de los estereotipos de los criollos: la crueldad en el trato del indígena, la ostentación, el lujo desmedido, las fiestas y los banquetes, la vida ociosa, el consumo del patrimonio de sus padres, el desorden de vida y la tendencia a la autonomía. Al mismo tiempo, el criollo hereda las cualidades nefastas de los indígenas (débiles, ocultos, taimados), adquiridas por la influencia del clima, el terreno, las comidas y las nodrizas indias. Para Jorge Alberto Manrique, el criollo se aferró: «a ciertos modos de ser, costumbres, usos, actitudes que por reconocer ya como propios retuvo porque representaban algo sólido para él, pues su mayor preocupación era el sentirse en el aire. Para afianzarse, en fin, tuvo que sentirse orgulloso de la gente, de la tierra, de las obras»⁷.

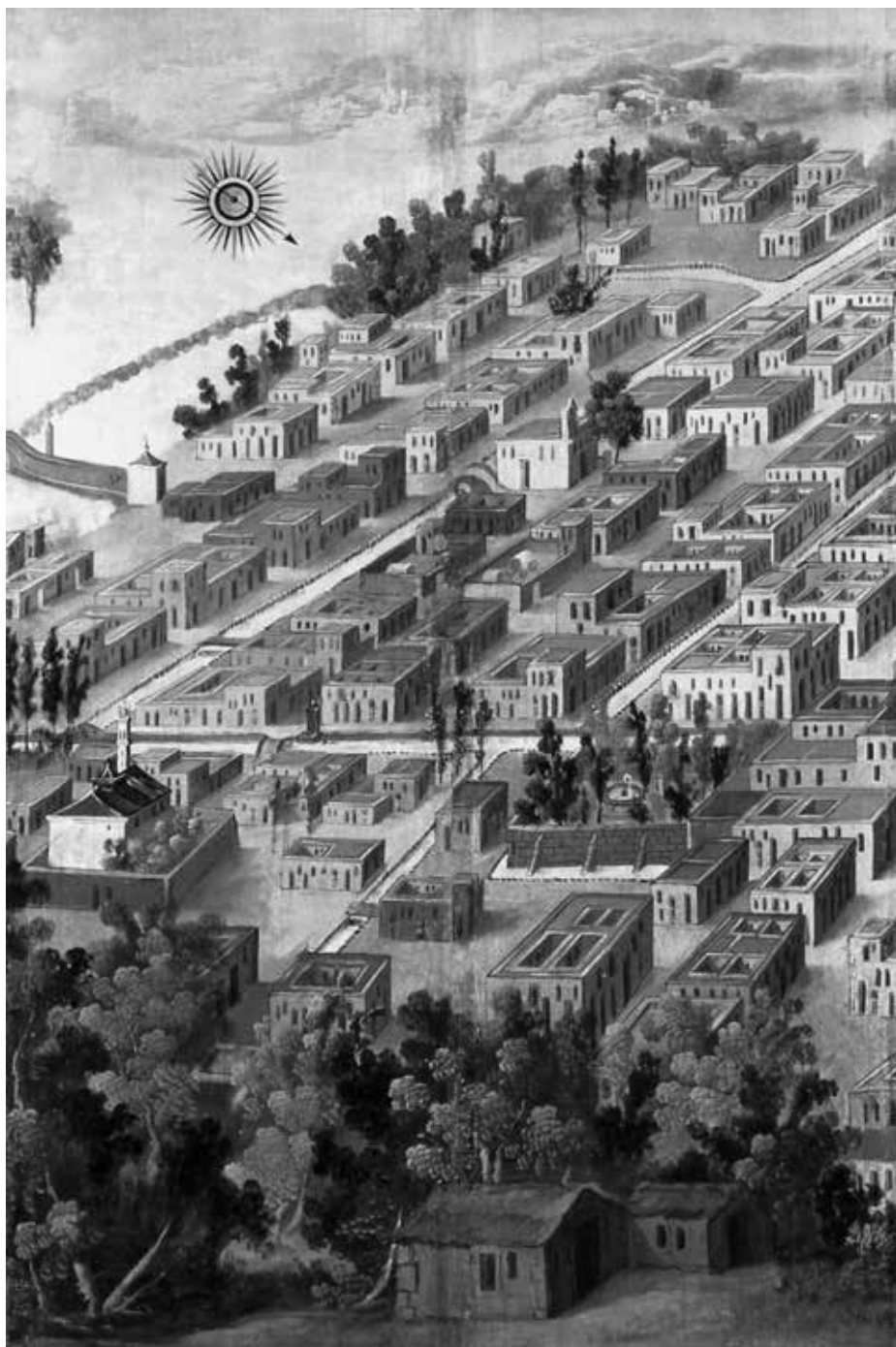
5. Los cinco últimos capítulos del libro están dedicado a las ideas y proyectos ilustrados para conocer, medir, ordenar y sanear la ciudad americana. Los ilustrados, devotos del reglamento y de la ordenanza, a las que daban

⁷ MANRIQUE, 2000.

poderes taumaturgos para lograr la felicidad y la prosperidad de América, escribieron y publicaron cientos de memoriales y de disposiciones para mejorar las urbes del Nuevo Mundo, pensando que su única plasmación en papel podría ordenar el descuadrado mundo que les tocó vivir. Sin embargo, el Reformismo se mostró a la postre tan ecléctico en su génesis como irregular en su desarrollo, y eso, junto a los descarados asaltos a los tradicionales reducidos del poder criollo (cabildos y audiencias), potenció los reclamos de justicia real que, a la postre, condujeron a la Independencia de los reinos y provincias indianas. En el camino, no se pueden olvidar los progresos en la ordenación de las ciudades, los avances en saneamiento, limpieza y alumbrado, y las nuevas divisiones en cuarteles y barrios, todo ello con el fin de mejorar la vida en las ciudades, pero, eso sí, una mejora dirigida y controlada por los funcionarios borbones que invaden el continente. Y con la meta de crear un imperio útil para la Corona, se fomentó la repoblación de las fronteras exteriores e interiores, impulsando la cartografía, el completo inventario de las riquezas e impulsando su incorporación a la economía-mundo.

Los dos capítulos dedicados a la ciudad de México se complementan. El primero, firmado por Salvador Bernabéu y María Justina Sarabia: «México virreinal: poder, control social e impacto ilustrado», recorre la historia de la ciudad de México desde su conquista hasta la llegada de los ministros ilustrados, deteniéndose en la magnificencia de la capital azteca y en la traza urbana levantada por los españoles tras su destrucción y saqueo⁸. Convertida en la gran capital del virreinato de la Nueva España, será la admiración de los viajeros y el orgullo de sus habitantes, siendo conocida por las famosas cinco CC: calles, calzadas, caballos, carrozas y canoas. La ciudad de México será un reto constante para sus gobernantes, a veces por desastres naturales, como el problema irresuelto del desagüe de los lagos sobre los que estaba asentada, en otras ocasiones por el problema de alimentar y controlar a la abigarrada población que llenaba sus edificios y calles y, por último, por las dificultades en aplicar las nuevas órdenes e instrucciones que traían de la Península los virreyes y funcionarios ilustrados. Si Bernabéu y Sarabia aportan un panorama general de los retos ilustrados: inspeccionar, registrar y limpiar (y de la mentalidad tradicional y supersticiosa que se le opone), Guadalupe de la Torre Villalpando se centra en el estudio de las sucesivas divisiones de la capital novohispana en cuarteles (1628, 1693, 1750 y 1782), destacando los objetivos, las continuidades y las novedades de estas parcelaciones en el capítulo titulado: «Orden público y demarcación del territorio de la Ciudad de México».

⁸ MIER y TERÁN, 2005.



Anónimo, *Vista de la ciudad de México* (fragmento), siglo XVII. Colección particular, México

FRONTISPIECE.

*A Sailor giving a Patagonian Woman some Biscuit
for her Child.*

Este mestizaje tuvo una interesante dimensión artística. En el siglo XVIII, dentro de las «curiosidades» americanas coleccionadas por los altos funcionarios y viajeros ilustrados destacan los «cuadros de castas», lienzos que representan la variedad racial alcanzada en la Nueva España. Las escenas muestran, por lo general, a una pareja con su vástago, formada por la variedad de individuos procedentes de los tres grupos étnicos más importantes del reino: blancos o españoles, indios y negros. Del mestizaje de los tres resultaron las castas, mosaico complejo de entrecruzamientos que generaron curiosas denominaciones:

De español e india nace mestiza. De español y mestiza nace castiza. De español y castiza, española. De español y negra, mulato. De español y mulata, morisco. De español y morisca, alvino. De español y alvina, torna atrás. De español y torna atrás, tente en el aire. De indio y negra nace cambujo. De cambujo e india, lobo. De lobo e india, zambaigo. De mestizo y castiza, chamizo. De mestizo e india, coyote²².

Los «cuadros de castas», a pesar de las críticas que han recibido (los autores, aunque seguidores del realismo, obraron con entera libertad, pintando lienzos principalmente para la exportación), son una muestra de ese gran laboratorio social y étnico que fue la Nueva España²³.

El Virreinato estaba jerárquicamente organizado por diversos estamentos: funcionarios, clero, órdenes religiosas, comerciantes, cofradías y otros numerosos grupos corporativos, que ofrecían a los novohispanos formas de sociabilidad, representación, protección y prestigio, pues cada uno de estos grupos tenía sus privilegios. Los numerosos pleitos que surgían entre ellos servían para consolidar las diferencias, mientras las procesiones, las tomas de posesión de los virreyes y otras ceremonias se empleaban para representar el orden jerárquico y transmitir los valores a todos los miembros del reino. Las insignias, los patronos, los emblemas, las vestiduras, el orden riguroso, etcétera, manifestaban las diferencias, la jerarquía, la subordinación al monarca y la legitimidad del orden colonial. Sin embargo, como han señalado Lyle N. McAlister y Felipe Castro, al finalizar el dominio español, la identidad y el orden basado en los estamentos y las corporaciones fueron paulatinamente sustituidos por un nuevo sistema asentado en las relaciones económicas y sociales²⁴. En particular, en las grandes ciudades y reales mineros empezó a surgir una conciencia de clase en perjuicio de una identidad étnica, que se puso de manifiesto en las revueltas contra las reformas borbónicas.

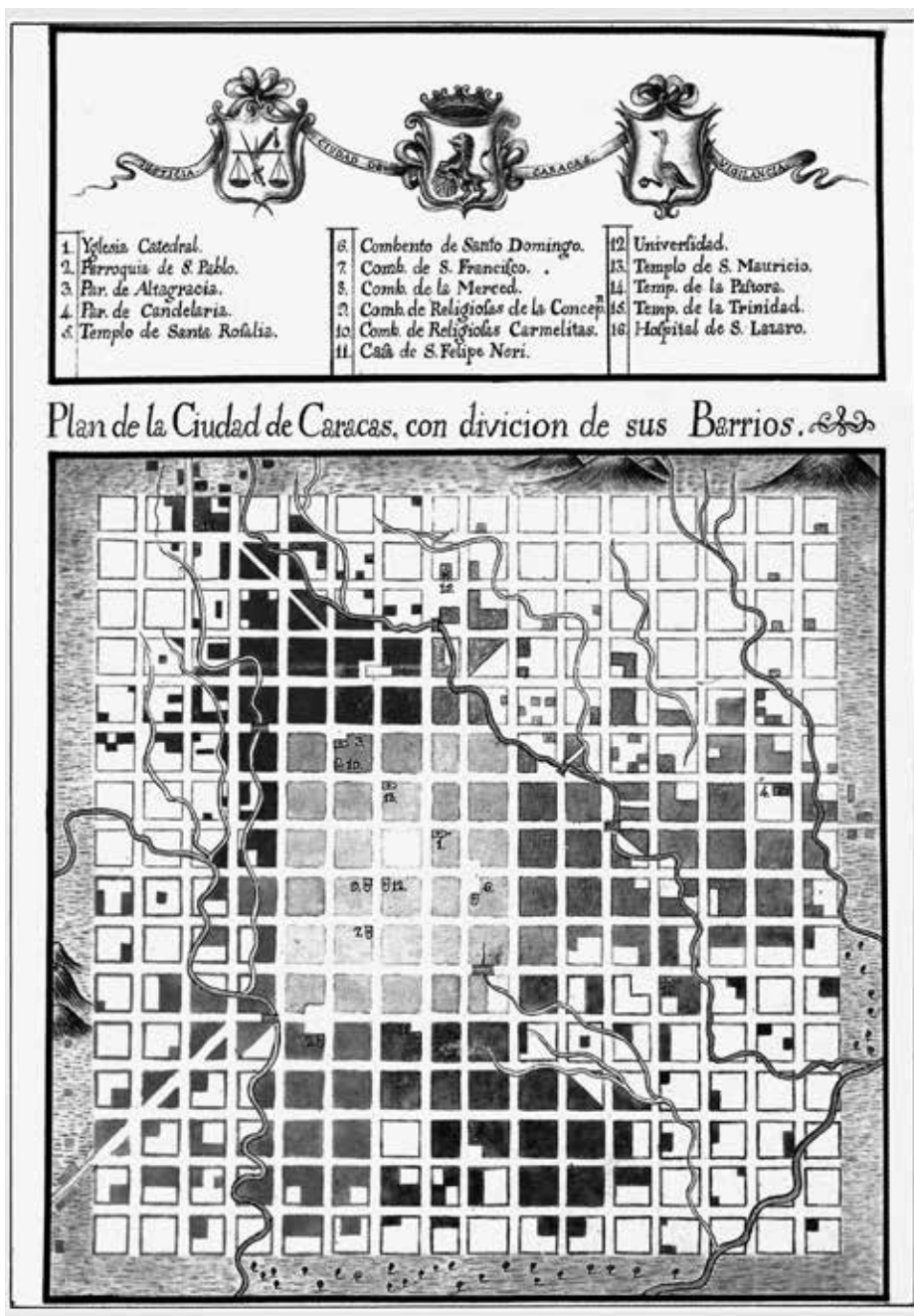
²² AJOFRÍN, 1959, I, 66.

²³ KATZEW, 2004.

²⁴ McALISTER, 1962, v. 2, 763. Castro, 1996, 232-233.



Anónimo, *De albina y español nace tornatrás*, siglo XVIII, detalle. Colección particular



*Plano de la ciudad de Caracas, con división de sus barrios, 1750,
 Archivo General de Indias, Mapas y Planos, Venezuela, 180*